

DIARIO PEREGRINO 2017



SCM

Día 1. DE VILLAFRANCA DEL BIERZO A O CEBREIRO.

¡Los clavos de Cristo! Nunca supuse que la subida al Cebreiro fuera tan dura. Al salir de Villafranca empezó a llover, pero quedamente y hasta de modo agradable. Carretera hasta siete u ocho km antes de empezar la subida. Ahora bien, entre la carretera y los caminantes hay una valla de hormigón para que en ningún momento corramos peligro. Cuestión que hemos planteado mil veces respecto a los tres kilómetros del Camino al salir de Cáceres hacia Casar y no nos hacen ni caso. Tomen nota. Viento frío y ambiente húmedo. Lo mejor, el rumor del agua corriente del Valcarce, ese río limpio que baja a oscuras, oculto por la fronda.

A cinco km del Cebreiro y tras una subida atroz, por un camino de piedras sueltas y excrementos de caballo, llegamos a cuatro casitas silenciosas y una buena fuente. Tomamos el refrigerio oportuno y luego atacamos la legua restante. Peor si cabe. De nuevo carril de cabras y barro maloliente.

Arriba, O Cebreiro con linda iglesia franciscana, bares, tiendas y mundo peregrino. Un taxi nos bajó a la casa rural “Rodríguez”, donde nos dispusimos para cenar y pasar la noche. La casa magnífica, canterías y madera, y un ambiente de silencio y paz impagable. Una señora amable, Carmen, viuda de un pacense, nos atendió y las peregrinas prepararon la cena: huevos con patatas fritas y otras menudencias. Comentan que lo más costoso ya ha pasado. Ya veremos mañana.

Día 2. TRIACASTELA

Decía que dormimos en la casa rural “Rodríguez”, de esa señora, Carmen, tan atenta y amable. Pueblito de cinco casas escondido en un valle cerrado, frío y verde. La casona hermosísima y acogedora. Por la mañana nos esperaba otra subida atroz hasta el Padornelo, que por poco nos rompe las piernas; y luego una bajada de quince km hasta Triacastela.

Varias veces, por esas sendas estrechas, hemos olido el rastro de la zorra, ese tufo acre, y en una rara ocasión pudimos ver el vuelo de una pareja de arrendajos, el pájaro del norte tan esquivo e insociable. En muchos tramos del camino, la alta arboleda empieza ya a cerrar el cielo y caminamos por túneles de verdor. Lo más desagradable es la constante presencia del hedor de las bostas de las vacas; pero estamos en el norte y es lo que hay.

Tomamos asiento en Triacastela a mediodía y presto fuimos a Samos. Tomamos la libación en un ameno soto, par de las aguas cristalinas y corrientes del río Oribio. Allí cerca había una ermitita pequeña de piedras que se remonta al siglo X, nada menos, la Ermita del Ciprés. Luego, y tras sestear, visitamos el imponente monasterio benedictino de San Julián (¡siglo VI!) y saludamos a una de las figuras literarias de nuestra vida: El P. Benito Feijoo, que estuvo allí en vida y ahora, estatua, nos contempla desde el centro de un claustro magnífico. Hay mucho que contar de semejante y aparatoso cenobio. Samos, cinco o seis mil habitantes, cafeterías, turismo, peregrinos.

Volvimos a Triacastela, serenidad y sueño. Mundo de peregrinos y nada más. Calles solitarias y silencio. Mañana, Sarria. Boas noites.

Día 3. SARRIA

Salió nublado y pensamos en la lluvia, pero no hizo acto de presencia. El que apareció, y con fuerza, fue el sol que nos zurró la badana de lo lindo durante todo el tiempo que duró la marcha. En vez de ir por el Camino de Samos, cogimos el de San Xil, que dicen que es el antiguo.

Al principio, subida un tanto trabajosa de cuatro o cinco km; pero luego llano en las alturas y a la postre descenso hasta Sarria. Fronda, robles centenarios, helechos, trinos de aves y, por desgracia, demasiado frecuente el hedor de las vacas.

Apenas núcleos de población, cuatro casas con esos techos de losas oscuras y mucha nave dedicada a la vaquería. Desde un alto otero se divisa Sarria en un amplio valle; pero aunque parece que está ahí, nunca se acaba de llegar. Las peregrinas, bien, aunque con sus teclas consecuentes: algún dolorcillo, alguna leve lesión, pero al cabo hay armonía y buen entendimiento.

No más una nota intempestiva. En el hormigueo de peregrinos dos tontos-graciosos hablando a gritos y molestando. Ganas me entraron de largarle unas frescas y alguna oblea, pero Santiago pide condescendencia y buenos modos. Sarria tiene hechuras de ciudad media. Es el segundo núcleo más poblado que pasaremos después de Santiago. Y van cuatro días. Cuando menos miremos esto habrá pasado.

Día 4. DE SARRIA A PORTOMARÍN

Decididamente hemos venido a Galicia a vivir el verano adelantado. Mejor no pensar en lo que estará pasando por allí abajo. Hoy 21 km con alguna que otra subida, mero bosque y mucho prado. Como he olido con frecuencia el rastro de la zorra, me paré a charlar con un campesino, de los escasos que hemos visto.

“¿Hay zorras por aquí, amigo?”

“¿Zorros, dice? Sí, pero se mueven de noche”. Y dale. Qué manía todo el mundo con lo de zorro en vez de zorra. Se han empeñado en cambiarle el género a “aqueloutr” (sic Castroviejo). Ya no hay zorras, sólo zorros, en fin.

Bueno. Mucho peregrino en el Camino, y casi todos extranjeros. Parloteamos con franceses e italianos. En el robledal se siente el arrullo de las palomas, que son las únicas piezas de caza decentes que hemos visto. “No, no señor; perdices ya no se ven; alguna raramente”.

A cinco km de Portomarín paramos a comer el bocadillo de turno, en un albergue lleno de caminantes y caminantas, como dicen ahora esos políticos idiotas que están todo el día con el bobo compañeros y compañeras, amigos y amigas. Anda que...

Al cabo, el Miño, el gran río gallego, y en la orilla norte, Portomarín. Esta villa es nueva, bueno nueva de algún siglo que otro, porque a la vieja se la llevó el Miño en no sé qué ocasión. Muy linda. Dos iglesias románicas: San Nicolás y San Pedro. Ya veremos.

Hoy hemos pasado un calor agobiante si bien, en los oteros y a la sombra, siempre se mitiga la solajera y el sofoco. Mañana, Dios y Santiago dirán qué hacemos, camino de Melide.

Día 5. PORTOMARÍN - MELIDE

Precioso lugar Portomarín. Todo enfocado al peregrino. Paseamos por las calles y admiramos el románico de San Nicolás y San Pedro. Fuimos a cenar a “Pérez”, un apañado restaurante que nos trató bastante bien. Luego deambulamos hacia la pensión “Portomiño”, que no ha sido nada del otro mundo, pero de lo que se trata es de descansar y dormir, que mañana Dios dirá.

Salimos a las 8,30 y le dimos duro a las piernas hasta las 2 p.m. en que paramos en un lugar a dos km de Palas de Rei. Aumenta el número de peregrinos en el Camino y también sube la temperatura que da miedo. Por Jesucristo vivo, ¿pero esto es normal? ¿Venir a Galicia y estar pasando este calor? Para colmo amenazan con mañana más. No sé dónde vamos a meter la cabeza.

A lo que estamos; en la fronda arrulla la paloma y hemos vuelto a oler el tufo de la zorra. Si no fuera por esos pasillos de sombra que nos hacen los árboles, aquí pasaba algo. El bosque gallego. Cuando voy caminando por esos túneles frescos y oscuros se me viene a la mente la historia fascinante de Benito Freire, aquel desgraciado que se creía lobo y como era buhonero y acompañante de viajeros, mató a no sé cuántos. Un “lobishome”, el de la película de Pedro Olea, que tan bien interpretara J.L.L.Vázquez.

Y llegamos a Palas de Rei; comimos y a media tarde subimos a un bus que nos llevó a Melide. Seguía haciendo un calor insoportable.

Día 6. MELIDE - O PEDROUZO

De Palas de Rei a Melide fuimos en bus, que no deja de ser oprobio para un peregrino; pero después de los 25 km hasta Palas de Rei y con semejante calor, no era buena idea seguir caminando. Ducha, reposo y todo eso, y luego a cenar a “Ezequiel”, pulpería de renombre en la que le dimos bien al ribeiro en tacitas, como Galicia manda. Linda cena en “Ezequiel” con sabrosísimas viandas: pimientos de Padrón, choricitos al vino, patatas con pimentón y el delicioso “pulpo a feria”.

Boas noites y a la piltra. Salimos de Melide a las 8, 30; llegamos a Arzúa a la 1,30 más o menos. Maria José, Pilar y yo continuamos, pero las demás peregrinas subieron en el bus hasta O Pedrouzo. Caminamos bajo un sol de justicia y aguantamos nueve km más gracias al respiro que dan los túneles de árboles; pero cuando no hay, el sol inclemente nos machacaba sin piedad. Dejamos de ver peregrinos en el Camino y llegamos a una casa preciosa con un local espléndido, donde comimos y bebimos: “Boavista”. Hasta allí llegaron dos chicas que habíamos visto antes y que iban padeciendo las inclemencias del sol y de de la fatiga: una, brasileña y la otra, una albaceteña de Berlín. Las reconfortamos y seguimos la marcha.

A 5 km de O Pedrouzo la cosa se puso tibia y decidimos subir al bus: quedaban apenas cuatro km para la meta. Me supo mal la rendición, pero uno no viaja solo y hay que ser solidario.

Día 7. O PEDROUZO

Si ayer calor, hoy el acabose. Si no fuera por los pasillos oscuros que nos hacen, generosos, robles y eucaliptos, no sé cómo aguantaríamos. ¿Qué estará pasando en el sur? Qué cosas decimos. Nuestros paisanos conquistadores marchaban leguas y leguas armados hasta los dientes, forrados de hierro y cueros, y aún les quedaban fuerzas para luchar contra la indiana feroz. ¿De qué estaban hechos?

O Pedrouzo es una carretera con casas a los lados; todo en función del peregrino, albergues, fondas, pensiones, tiendas, bares, etc. A las seis de la tarde salí a buscar la iglesia para los sellos de las credenciales y llegué en el momento en que comenzaba la misa del peregrino. Ofició un sacerdote hindú o paquistaní, y muy bien, por cierto. Muy emotivo todo, tanto que una chica, a mi lado, se emocionó y lloró encantadoramente.

Darse la paz con gentes de todo el mundo es realmente reconfortante. Al anoecer cenamos en un restaurante donde nos sirvió, muy amablemente, un chico paraguayo devenido ya en gallego. Boas noites, y mañana a por la última: Santiago.

Día 8. SANTIAGO

Hasta O Monte do Gozo sin novedad, frondas, bosques, sombras y no pocas y fatigosas cuestras. Decididamente subir me mata. Parezco Cancellara; en el llano voy como un tiro, pero en cuanto se empina el suelo voy para atrás como los cangrejos.

Cierta decepción en el Monte do Gozo. Pensaba que desde allí se verían las crestas del Obradoiro, pero yo, al menos, no vi nada. Luego cinco km bastante sosos en la entrada de Santiago. Pero ¡Ah! estábamos ya en Santiago de Compostela, que se dice pronto.

Nada más llegar, y cuando estábamos haciendo cola en la entrada a la Oficina de Atención al Peregrino, para lo de las credenciales y la “Compostela”, el cielo se puso negro y cayó un aguacero de muy señor mío. Luego al hotel “Windsor” pasando por el Obradoiro, donde nos sorprendieron los coros y danzas gallegos. Más oportunos, imposible. Se conoce que el día de la Ascensión es fiesta grande.

Una vez aseados y listos volvimos al centro y entramos en la Catedral, con la suerte de asistir a la última fase de una misa en la que se movió el Botafumeiro. Luego noche de ribeiros y de tapas en el Santiago viejo de tabernas y bares. A uno se le iban las mientes a aquellos años en que Salamanca y Santiago eran el paraíso de la vida universitaria. Cosas del pasado. ¡Pues no que me apetece leer ahora “La casa de la Troya”, la famosa novela de Pérez Lugín!

Para no desentonar, el cielo se cubrió y apareció la lluvia. Santiago sin lluvia es menos de lo que es. Monumentos, Reyes Católicos, Pórtico de la Gloria, Fonseca, jirones de esa eternidad que nos espera. Por las calles, peregrinos a todas horas. Y en todos los lugares.

Al día siguiente, misa del peregrino a las 12 en la Catedral. A las once ya estaba el templo a rebosar. Me adelanté y ocupé tres asientos en la cuarta fila de la nave central para María José, Pilar y para mí. Misa concelebrada por 15 o 16 sacerdotes de todas razas y colores, y una monja que dirige a los fieles y que canta como los ángeles. Allí, gentes de todo el mundo bajo la fe católica. A la hora de darnos la paz, la cordialidad fue impresionante. Salimos después de darle el abrazo al apóstol y nos encaminamos al Mercado a comer. Hay un lugar en el que te preparan lo que hayas comprado en los puestos. Disfrutamos de berberechos, almejas, navajas y unos filetes de ternera gallega imponentes. Por la noche más vinos y tapas.

Mañana del sábado. El bus nos llevó a La Coruña, a Lugo, y nos dejó de nuevo en Villafranca del Bierzo. Adiós Galicia, te tenemos en el corazón. Los coches de Flor y Soledad nos fueron bajando Vía de la Plata hacia el sur. Punto final del peregrinaje. El que no haya hecho el Camino que se apure y lo haga. La Historia, la tradición, los miles y millones de peregrinos se merecen el esfuerzo de todos y cada uno de nosotros. ¡Buen Camino, amigas! M^a José, Soledad, Montaña, Flor, Julia... y Pilar.



Palacio de Fonseca



Aires gallegos



H RRCC



Llegada al Obradoiro

